

INTRODUCCIÓN

En un mundo tan globalizado como el actual, donde existen intensas relaciones entre tradiciones muy diversas, la controversia ha asumido un importante papel. En los medios de comunicación aparecen continuas referencias a la polémica, como reflejo de la realidad, debido a la convivencia de diferentes culturas y religiones, y al conflicto que de ello se deriva. Por eso hoy más que nunca existe el convencimiento de que el diálogo desempeña un papel fundamental en la resolución de conflictos de diversa índole –social, política o religiosa–, por la eficacia de las estrategias de persuasión lingüística, armas dialécticas mucho más efectivas que la violencia. Pero el enfoque del término «diálogo» en este trabajo no es sinónimo de esa acepción moderna, que implica entendimiento y acuerdo frente a la defensa dogmática de las ideas, sino que alude a un método de composición literario, el dialógico, y, por tanto, a un recurso retórico.

Una parte importante de la literatura de la Antigüedad posee carácter polémico, con la clara finalidad de atacar o refutar al enemigo externo e interno. Puesto que no se debe hablar propiamente de un género «polémico», conviene aclarar que, cuando utilizamos esa denominación nos referimos a discusiones cargadas de agresividad, en las que las posiciones parecen irreconciliables, con presencia de la controversia, la disputa y la diatriba, como acertadamente lo definió Santorelli (2012: 211-212). Los autores más significativos del mundo antiguo han cultivado la polémica, recurriendo a distintos géneros literarios, y han concedido un lugar importante al diálogo. Pero hay que tener presente que el diálogo como texto literario escrito es muy diferente de una conversación oral, debido a que, mediante la escritura, el discurso se adapta a unas normas retóricas y da origen a diversos géneros, con distinta fortuna a lo largo de la historia.

El cristianismo antiguo, en sus conflictivas relaciones con los cultos grecorromanos, con el judaísmo y con los grupos disidentes internos de su religión, resulta un ejemplo paradigmático en la forma de plantear las controversias y de utilizar los recursos con habilidad para dar solución a las tensiones de muy variada naturaleza y, sobre todo, para resultar vencedor sirviéndose de la palabra. De todos es sabido que el manejo de la expresión y de los recursos dialécticos puede resultar decisivo en las situaciones de conflicto, condicionando en última instancia su desenlace.

Debido a la situación de competencia religiosa que se produjo en el Mediterráneo con la llegada del cristianismo, las distintas comunidades necesitaban discutir y enfrentar sus ideas con las del otro y, por ello, la disputa ocupó un lugar fundamental. La producción polémica define en gran medida a la literatura cristiana antigua y ha influido de manera importante en la configuración de su identidad religiosa, por sus constantes enfrentamientos retóricos con los adversarios (Albert y Nicolas: 2010; Wischmeyer y Scornaienchi: 2011). Tras un largo periodo de abandono, en las últimas décadas se ha producido un renovado interés por el estudio del discurso polémico, que impregnó la mayoría de las obras cristianas de los primeros siglos. Se han publicado recientemente varios volúmenes colectivos, resultado de encuentros entre estudiosos de distintos países. Algunos poseen un carácter más general y abordan las diversas controversias religiosas, llegando hasta nuestros días, como el editado por Declerq, Murat y Dangel (2003); el de Hettema y Van der Kooij (2004); y el de Albert y Nicolas (2010). Otros son más específicos y se refieren solo a la Antigüedad tardía, como el de Marin y Veronese (2011); el de Wischmeyer y Scornaienchi (2011); y el de Capone (2012).

La polémica se abrió a una variada multiplicidad de funciones y de contextos, de los cuales han quedado restos fundamentalmente literarios en las numerosas disputas mantenidas por los cristianos con judíos, paganos, herejes y cismáticos. Los autores utilizaron sus obras con fines apologeticos, para defender sus creencias frente a las autoridades e intelectuales paganos y, aparte de defenderse, buscaban persuadir a los adversarios de que su fe era la única auténtica (*aduersus paganos*). También se sirvieron de la literatura para dejar clara la

diferencia entre el cristianismo y el judaísmo, del que había surgido, cuestionando además sus preceptos fundamentales (*aduersus Iudaeos*). Una vez comenzó a difundirse la *noua religio*, surgieron varios movimientos con unas particularidades doctrinales y cristológicas que los diferenciaban entre sí. Las autoridades de la Iglesia decidieron elaborar una línea doctrinal, que sería la ortodoxia, y a los grupos que no encajaban en su totalidad en esa doctrina los declararon heréticos y los excluyeron de la comunidad eclesiástica. Los grandes teólogos cristianos se emplearon a fondo contra los herejes por medio de una ingente actividad literaria (*aduersus haereses*).

El argumento del presente trabajo es de tipo dialéctico, pues, como afirmó Diógenes Laercio: «La dialéctica es el arte de los discursos a través del cual se confirma o niega alguna cosa mediante el intercambio de preguntas y respuestas de los interlocutores»¹. También Jerónimo de Estridón tenía la misma opinión cuando aseguraba, a propósito del estilo de Orígenes, que «[...] Imitaba la forma dialéctica de disputar, en la que hay *sciscitatio* y *responsio* (pregunta y respuesta) [...]»². Nuestro objeto de estudio no es tanto el género del «diálogo» como signo literario heredero del mundo clásico, cuanto el método dialógico o «dialogismo» como forma de expresión utilizada por los primeros autores cristianos para resolver los conflictos de índole religiosa. Se nos ha conservado un gran número de escritos de los cinco primeros siglos con un enfoque polémico, debido a las abundantes controversias cristológicas y doctrinales y a las consiguientes disputas entre los adversarios. Los escritores cultivaron distintos géneros literarios, tanto los de tradición clásica como otros de nueva creación, pero se observa una preferencia por la forma dialógica. Además de conocer el modelo del diálogo clásico por su extraordinaria difusión, eran conscientes de las ventajas implícitas en el método dialogado. Gran número de obras polémicas están compuestas siguiendo ese procedimiento de alternancia entre las intervenciones de

¹ DIOGENES LAERTIUS, Βίοι καὶ γνῶμαι τῶν ἐν φιλοσοφίᾳ εὐδοκιμησάντων, 3.48: διαλεκτικὴ δ' ἐστὶ τέχνη λόγων, δι' ἧς ἀνασκευάζομεν τι ἢ κατασκευάζομεν ἐξ ἐρωτήσεως καὶ ἀποκρίσεως τῶν προσδιαλεγομένων.

² HIERONIMUS., ep. 92, 4.1: [...] *dialecticum morem imitans disputandi, in quo sciscitatio est, atque responsio, artis magicae praedicator his verbis est.*

uno y otro interlocutor, obras donde la exposición y refutación de ideas se argumentan con discusiones dialógicas, pues sus autores prefirieron la forma dialogada a la exposición continuada de sus doctrinas y así lo expresaron con claridad al inicio de algunas de sus obras. Así pues, se estudiará la utilización de esa forma tradicional pagana, que los cristianos adaptaron y renovaron para adecuarla a sus propias necesidades, adoptando muy diferentes fórmulas, estilos y argumentos.

Este libro no parte de una tesis que pretende ser demostrada a lo largo de sus páginas, sino que intenta describir el uso de una forma literaria en el contexto de las controversias religiosas de la Antigüedad tardía.

Sobre el género del diálogo cristiano existen diversos estudios, unos más generales y otros centrados en autores concretos. Continúan siendo obras de referencia las dos monografías alemanas de segunda mitad del siglo xx, la de Hoffmann (1966) y la de Voss (1970), a pesar de la consideración generalizada de que Voss siguió muy de cerca a Hoffmann en su planteamiento. Además, la obra de Voss no resulta muy equilibrada porque dedica un amplio espacio a la producción de Agustín de Hipona. De gran interés son también los trabajos de Schmidt (1976: 102-173; y 1977: 211-225). Otras publicaciones individuales, como la de Cameron (2015), limitan su objeto de estudio a alguna parte de los textos cristianos, en este caso los escritos en griego durante la Antigüedad tardía y la época bizantina; o la de Rigolio (2019), que aborda la literatura dialógica solo en griego y en siríaco sobre temas religiosos, filosóficos o políticos. Existen igualmente relevantes estudios, aunque parciales, por estar dedicados a unas obras concretas, como es el caso de Canellis (1997: 247-288; y 2001: 155-194), que se ocupa del *Contra Pelagianos* y del *Contra Luciferianos* de Jerónimo; de González Iglesias (2001) y su tesis sobre los *Diálogos* de Sulpicio Severo y de Gregorio Magno; o el de Heyden (2009), que se centra en el *Diálogo con Trifón* de Justino y en el *Octavio* de Minucio Félix. Así mismo, se han publicado trabajos dedicados a un tipo de diálogo polémico concreto, como es el caso de Torres y los escritos *aduersus paganos* (2010: 95-115; y 2018: 217-242). Otros investigadores analizan solamente los textos escritos en latín; así, Charles Nestor Kuper (2017), que centra además su análisis en dos estudios de caso: el *Contra Luciferianos* de Jerónimo y el *Contra Nestorianos* de Juan Majencio, aunque previamente esta-

blece un exhaustivo catálogo de veintiún diálogos polémicos latinos de la Antigüedad tardía, desde el siglo III al VII.

Algunos estudiosos han interpretado el concepto de «diálogo» en sentido moderno como sinónimo de «acuerdo» entre las partes y, por ello, han concluido que los cristianos en la Antigüedad no dialogaron, sino que intentaron imponer sus creencias como valor único, sin dejar margen a la disensión religiosa. Cuestionan, por tanto, el cultivo del diálogo por parte de los primeros autores cristianos y, especialmente, a partir del siglo IV. Consideran que la búsqueda de entendimiento implícita en el término es incompatible con el autoritarismo del imperio cristiano, porque antes de la llegada del cristianismo existía la posibilidad de discutir libremente de religión, pero después, sobre todo a partir de Constantino, el Estado impuso unas creencias y prohibió la disputa sobre ideas religiosas. Como consecuencia de esa política, el diálogo se habría visto abocado a desaparecer.

Esa es la opinión, entre otros, de Lim y de Athanassiadi (2008), que hablan de una transformación de la disputa abierta al debate condicionada por referencias a textos cristianos de gran autoridad, con la consiguiente desaparición de la controversia. Goldhill (2008: 5) comparte esa idea y, en respuesta a la pregunta «Why don't Christians do dialogue?», asegura: «Early Christianity, however, appears to have little time for dialogue». Pese a las conjeturas en ese sentido de varios investigadores, podemos afirmar que el diálogo siguió cultivándose hasta bien avanzado el siglo VII, como se constata por el número no despreciable de obras conservadas en forma dialógica. Ante el gran número de títulos con el nombre de «diálogo», algunos estudiosos han interpretado que son ficciones literarias, pues no reproducen verdaderos debates. Frente a esta consideración, otros escritores entienden que los cristianos discutirían a menudo con sus adversarios de forma oral, buscando convertirlos a través de la persuasión, y que en algunos casos esos intercambios verbales se reproducirían después por escrito, a modo de actas. De forma clara plantea el problema Kuper en un reciente estudio:

The first issue is the meaning of «literary text». Dialogues, perhaps more than any other genre of ancient literature, constantly play with the boun-

dary between reality and the imaginary: did these conversations really happen? This is especially apparent in the frequent claim that the texts are no more than stenographic records of an actual debate, even when they clearly are not (2017: 51).

Por nuestra parte, consideramos que existen tanto documentos de ficción como reales y ahora nuestro objetivo es diferenciar unos diálogos de otros, conscientes, ya de entrada, del predominio de textos ficticios. Este será uno de los propósitos del presente estudio.

Varios autores modernos se han posicionado en contra de esa supuesta falta de diálogo en la Antigüedad cristiana, como Cameron, en la obra ya mencionada (2015). El propio Goldhill (2008: 7), partidario de esa idea, reconoce que los primeros cristianos debatieron e intercambiaron puntos de vista en algunos de sus textos, aunque no de forma generalizada³. También Nuffelen (2014: 149) piensa que la competitividad existió siempre en las religiones⁴. Igualmente, Dubel (2015: 13) certifica que los estudios más recientes sobre la polémica contra los judíos confirman la importancia del género, avalada por el especial interés demostrado por Averil Cameron:

L'importance du dialogue dans la littérature chrétienne est aujourd'hui affirmée par les travaux récemment engagés autour du sous-genre, qui se constitue comme tel, de la polémique contre les Juifs, et confirmée, d'une manière plus générale, par l'intérêt d'Averil Cameron pour ces pratiques de l'Antiquité tardive et de l'époque byzantine qui élargissent encore le spectre du genre, du dialogue littéraire platonisant aux minutes «redigées» de débat publics.

Así mismo, durante años se ha podido constatar un gran desprecio de los investigadores por el estudio del diálogo en la Antigüedad

³ «One answer to the question of why Christians didn't do dialogue is to note that actually they did: in some later texts, and in different institutional structures, debate and the generous, sincere and engaged exchange of views could also be found».

⁴ «Competition (by which here is meant intellectual argument with the aim of drawing adherents from another religion to one's own) never disappeared from religious life, even if the religious life itself profoundly changed».

tardía, pese al enorme interés del mismo (Cameron, 2015: Preface)⁵. Pero, afortunadamente, en las últimas décadas se constata una recuperación de la atención prestada a esa forma literaria, como objeto de estudio en el ámbito del cristianismo antiguo, y especialmente de los textos de la polémica judía (*aduersus Iudaeos*) (Varner, 2008: 219-236; y Morlet, Munnich y Pouderon, 2013). Prueba de la renovada importancia del género es la abundante producción bibliográfica sobre ese argumento aparecida recientemente de grandes estudiosos ya citados como Cameron y Gaul (2017) y otros más. Han editado monografías colectivas y colaborado con expertos de los distintos temas. Concretamente la última lleva a cabo un estudio sobre los aspectos literarios, históricos y doctrinales del diálogo antijudío, desde sus orígenes hasta la época moderna. Pero todavía falta un trabajo de conjunto que lleve a cabo un recorrido detallado por las distintas formas dialogadas de la polémica cristiana, analizando cada una de esas manifestaciones con el fin de conocer las eventuales diferencias entre ellas, así como las especificidades establecidas por sus destinatarios –judíos, paganos y herejes–. Se estudiarán también las características formales y argumentativas de los tres principales tipos de literatura polémica dialógica. En eso consiste uno de los principales objetivos de la obra que ahora se está presentando.

Como antes se indicó, de los diferentes géneros utilizados por los cristianos en el ejercicio literario de la polémica, el diálogo, con una amplia tradición literaria greco-latina, fue uno de los preferidos, y así lo demuestra la abundancia de ese tipo de textos, dirigidos contra sus adversarios. En el ambiente de conflicto religioso que caracterizó a la Antigüedad tardía, la explicación a esa preferencia hay que buscarla en la convicción de los autores de que se trataba de la forma literaria más apropiada para plantear y resolver los conflictos. Por tanto, ellos utilizaron el diálogo como un recurso al servicio de la polémica. El intercambio real de opiniones, intentando lograr acercamiento y acuerdos,

⁵ «The dialogues in prose have been particularly neglected as a group among scholars of Late Antiquity [...]. This situation is surprising, given the growth of interest both in the literary aspects of early Christian writings and in the important role played in Late Antiquity by rhetoric».

posee su correspondiente forma literaria, la dialógica, adoptada por los escritores para reproducir debates, reales o inventados. Es cierto que en la literatura cristiana abundan los debates ficticios entre sus seguidores y los de otras religiones, utilizando el diálogo simplemente como un recurso retórico para rebatir las ideas del adversario, pero es innegable que existieron igualmente debates reales. En este sentido, coincidimos con la apreciación de algunos autores modernos como Lanfranchi (2013: 236):

L'image du judaïsme que nous trouvons dans les dialogues *aduersus Iudaeos* est un exemple de la création de la part des auteurs chrétiens d'un adversaire qui est en même temps un partenaire culturel. Sur la base de cette image du judaïsme, de plus en plus figée et stéréotypée, à la fois étrangère et familière, les chrétiens ont continué à dialoguer avec et contre les juifs pendant l'Antiquité tardive. Même si elle a été construite avec les outils de la rhétorique, même si elle est virtuelle et abstraite, même si elle a pour nous une nature essentiellement textuelle, cette image n'a pas été créée dans le vide, mais dans une société vive.

También estamos de acuerdo con Varner (2008: 234), en cuanto al valor de los diálogos ficticios como ejemplos de lo que serían las disputas auténticas entre dos comunidades (Morlet, 2017, p. XVI)⁶. En definitiva, creemos que los diálogos literarios son el reflejo de situaciones realmente vividas, aunque resulten muy falseadas por los artificios retóricos.

Como se acaba de señalar, una de las explicaciones a esa predilección de los autores cristianos por la forma dialógica estaría en el éxito que experimentó ese género en el mundo clásico. Se trataba, por tanto, de una forma de expresión bien conocida, debido a su difusión durante siglos en el mundo greco-latino. En la tradición clásica el género del diálogo era cultivado casi exclusivamente por los filósofos, primero siguiendo el método del diálogo socrático plasmado por Platón, por

⁶ «Greater attention should be directed to these dialogues for their value as examples of the real discussion that was taking place between the two communities from the second through the sixth centuries».